

## Antonio García

Antonio García Domínguez, ciudadano español, llegó a Valparaíso a bordo de un vapor griego. ¿Qué venía a hacer a Chile? No lo sabemos. Ignoramos también si era un gángster o un hombre decente. El hecho, sin embargo, de que no poseyera documentos, hace pensar que se trataba de un hombre decente, ya que los gangsters llevan siempre uno o varios opíparos pasaportes.

Antonio García no alcanzó a gozar de la hospitalidad de la tierra que sus antepasados descubrieron, conquistaron y civilizaron. Seguramente, al mirar desde el barco los cerros de Valparaíso, pensó que, por fin, llegaba a un suelo en donde podría descansar de su peregrinación. Habría oído por ahí, tal vez en su propia tierra, tal vez en tierras extrañas, que Chile era un gran país, foco de cultura, de gran tradición democrática, hospitalario y afectuoso. De ahí que lo eligiera. Sus pensamientos, sin embargo, eran ciertos sólo en parte, en aquella parte que no depende de la Policía Internacional y de los reglamentos sobre extranjería.

Antonio García, días después de haber llegado a Valparaíso, fué embarcado a bordo de la motonave "Copiapó" por un agente de la Policía Internacional y entregado al capitán de esta nave, quien tiene instrucciones de desembarcarlo en La Habana, puesto en que deberá tomar un barco que vaya a México, "único país de América" en que podrá residir sin necesidad de profusos pasaportes. Le bastará decir que es un hombre honrado.

Esta historia, vulgar historia de los tiempos actuales, tiene una parte deprimente y otra tónica. Deprimente porque, aunque los reglamentos ~~son los reglamentos~~ son los reglamentos, aunque esté escrito que legalmente debe ser así, siente uno que humanamente no debería serlo, mucho menos en la tierra que uno habita, ~~no considera como~~ la cual debería

sido echado del país por no tener unos papeles más o menos, siente uno que en ese acto inhospitalario le cabe alguna parte de responsabilidad, una responsabilidad moral imposible de disimular o de borrar.

Esa es la parte deprimente, la que uno siente como chileno. La parte tónica, que no es de ningún modo un consuelo para la otra, reside en el hecho de saber que en América hay aun un país, "un único país", en que un hombre puede entrar libremente, sin que se le exija más requisito que el de ser honrado: México. Por ese país respiramos todos los que sentimos el deseo y la necesidad de ser hospitalarios como personas y como chilenos.

Manuel Rojas.

